

CATALUÑA

Hace unos días un mensajero me trajo un libro. Se trataba de una novela policíaca en cuya contraportada se resumía su contenido. Me llamó la atención un tramo de su texto. "Todo parece indicar que se trata de un crimen pasional". No sé si el autor de la novela hace que su detective también considere el crimen que tendrá que investigar con el mismo criterio antediluviano de la portada. Por si acaso, dejo el libro sin abrir. Con lo me gusta la novela policíaca. Alguien podrá considerar que soy un poco tiquismiquis con este asunto, ¡mira que dejar de leer un libro por semejante tontería!

La frase de marras no es ninguna tontería. Resume con dramática claridad dos cuestiones. La primera tiene que ver con la pasión, a la cual se degrada con harta perversión, mezclándola con un asesinato en toda regla. Las pasiones son cosa muy seria. Ya no digamos la pasión amorosa. Solo tendríamos que leer los más grandes poemas de amor, de Vicente Alexandre, Paul Eluard, Pablo Neruda o Vicent Estellés, para entender la magnitud de su importancia humana y estética.

Igual pasa con otras pasiones. Como la pasión por el conocimiento. Por los pájaros. Por la fotografía. Por la exactitud, es decir por llamar a las cosas por su nombre. Por suerte este equivoco, salvo para algunas editoriales, parece que ha comenzado a erradicarse de nuestro imaginario. La otra cuestión es la enorme incompreensión que se esconde detrás de la frase. Incompreensión de un drama humano que puede acontecer en nuestro mismo rellano.

Recuerdo que hace unos años, en la calle Escorial, pude ver cómo un hombre de mediana edad insultaba a una mujer que iba con él. Como los insultos iban en

Mujeres asesinadas

J. ERNESTO AYALA-DIP

Ya comienza a ser de dominio público que el pretendido 'crimen pasional' no tiene nada de pasional. Nada que ver con una acción incontrolable

creciendo, me pareció obligado intervenir. La furia troglodita que mostraba a su pareja, el hombre la enfocó sobre mi persona. "Y tú que miras, payaso", me espetó, "venga, largo". Yo le contesté que me iba a marchar cuando él dejara de insultar a su mujer, sorprendiéndome de mi propio arrojito. Entonces fue cuando la pobre mujer me pidió que me marchara, que gracias, que mi marido es muy nervioso, que por favor no me metiera. Me di por enterado. Capté el mensaje. Seguí mi camino. Y ellos también, ya en silencio.

En este mismo diario leí hace

unos días un reportaje sobre una tesis doctoral que se escribió sobre el papel de los medios de comunicación en relación con los crímenes machistas (o terrorismo machista, como también le denominan algunos grupos feministas). La conclusión de la autora no me tranquilizó mucho. Pero lo que sí mitiga en algo mi desasosiego es que ya comienza a ser de dominio público que el pretendido "crimen pasional" no tiene nada de pasional. Nada que ver con una acción incontrolable.

El agresor es un individuo que trama con calculada precisión su delito. Elige el arma. El momen-

to. El sitio. No atina a imaginar el terrible mal que infligirá. Ni el dolor y la estupefacción que se extenderá entre los suyos y sus amistades. Incluso entre los que no tenemos nada que ver con él y con la víctima. Y no siente ningún remordimiento. Por eso se entrega inmediatamente, como si una vez eliminado el motivo de sus desvelos, se dispusiera a vivir el resto de su vida libre de su hombría mancillada. Excepto cuando decide inventarse una endeble coartada. O suicidarse.

Este lunes pasado, en Bilbao, murió asesinada la víctima de crimen machista número siete. El año pasado fueron 57 las mujeres asesinadas en España. ¿Qué hacer para bajar esta siniestra estadística? Supongo que educación, menos anuncios denigratorios para la mujer y rigurosa aplicación del código penal.

Hace unos años leí en un periódico una entrevista al escritor norteamericano Richard Ford. Entre otros temas, el entrevistador le preguntó sobre su amistad con Raymond Carver. Ford le relató cómo se habían conocido. Fue durante un congreso de escritores. Se presentaron y enseguida congeniaron en casi todo. Tanto que Carver le comentó que tenía un problema muy serio en una ciudad californiana y que por eso debía ausentarse del congreso. Ford le preguntó por el problema y Carver le contó que su hija estaba casada con un individuo que le hacía la vida imposible, además de pegarle. Que temía por su vida. Ford instantáneamente le dijo que si lo estimaba necesario, él se ofrecía para resolver el problema. Que se quedara en el congreso. Obviamente, Carver le agradeció la oferta y se fue a California.

J. Ernesto Ayala-Dip es crítico literario.



Retirada del cadáver de una víctima de violencia de género en l'Hospitalet en 2014. / MASSIMILIANO MINOCRI

Oxfam ha publicado el informe *Una economía al servicio del 1%* en el que expone con crudeza las desigualdades que padece un mundo donde "los más ricos están absorbiendo el crecimiento de los ingresos y la riqueza mundial a un ritmo alarmante". La brecha entre ricos y pobres cada vez se hace más amplia: 62 personas poseen la misma riqueza que los 3,600 millones de personas más pobres del planeta. Esa desigualdad económica se agrava entre hombres y mujeres en el acceso a servicios sanitarios, educación, participación en el mercado laboral y representación en las instituciones.

El informe constata que la "mitad más pobre de la población mundial tan sólo genera el 10% de las emisiones de gases de efecto invernadero a nivel mundial, pero son los que viven en zonas más vulnerables al cambio climático y sufren sus peores consecuencias". Queda claro que las desigualdades económicas también provocan desigualdades de género y medioambientales.

El informe nos muestra que las sociedades crean riqueza, pero que está mal distribuida o, lo que es lo mismo, "desaparece en un complejo entramado de paraísos fiscales y toda una industria de gestores de grandes patrimonios garantizan que esa riqueza no sea redistribuida, quedando fuera del alcance de la ciudadanía en su conjunto y de los Gobiernos". Dos datos para confirmarlo: a) los paraísos fiscales esconden 7,6 billones de dólares de fortunas individuales, una cantidad superior al PIB del Reino Unido y Alemania juntos; b) Oxfam ha analizado 200 empresas, entre ellas las más grandes del mundo y las socias estratégicas del Foro Mundial de

Desigualdades

JOAN BOADA

Es imprescindible y urgente implantar políticas para disminuir el desempleo y otras medidas, como garantizar una renta básica o implantar un impuesto de renta negativo

Davos, revelando que 9 de cada 10 tienen presencia en paraísos fiscales.

Lo que está claro es que este sistema, depredador, no es fruto de la casualidad, sino de la decisión deliberada de sectores financieros y económicos, que con la complicidad de los poderes públicos, renuncian a su función de mejorar la vida de toda la ciudadanía en beneficio del 1%.

Todas estas desigualdades se ratifican en nuestro país. Según un informe de la OCDE en España y Grecia se ha empobrecido más el 10% de la población que ya era más pobre. El último informe del Ayuntamiento de Barcelona sobre la distribución de la renta familiar por barrios dibuja una muestra, clara, de este aumento: una familia de Pebralles es 7,2 veces más rica que una de Trinitat Nova. Es realmente preocupante que lejos de desaparecer, las desigualdades aumenten año tras año, provocando que la esperanza de vida de las personas que viven en Pedralbes es 11 años superior a las que viven en Trinitat Nova.

Es necesario frenar esta situación, que es indigna. Tal y como afirma Olin Wright, economista, "aunque estemos en un entorno hostil hay que erosionar al capitalismo entendido como la construcción de alternativas para hacer la vida mejor". Conseguirlo

no es ninguna utopía, sin embargo hace falta valentía y decencia política para eliminar las desigualdades creadas por el sistema y defendidas por algunas fuerzas políticas.

Es imprescindible y urgente implantar políticas para disminuir el desempleo, solo así será posible superar tanta desigualdad. Si la existencia material estuviera garantizada a través de una renta básica o de un impuesto de renta negativo, como impulsa la Taula d'Entitats del Tercer Sector Social de Catalunya, seguramente estaríamos cerca de la solución del problema. De esta manera, con un ingreso garantizado, los trabajadores recuperarían su poder de negociación para exigir condiciones de trabajo civilizadas y cantidades de dinero razonables a cambio.

Si alguien tiene una solución mejor para atajar el paro, que continuará creciendo debido a la robotización y la digitalización (según el Foro Económico Mundial se reducirá en más de 5 millones la ocupación hasta el 2020), y evitar la pobreza y las desigualdades, que lo exponga de manera urgente. La propuesta anterior está avalada por muchos economistas, entidades y por algunas ciudades (Utrecht, Dauphin) que ya la han estado llevando a la práctica. Lo que nos proponen las fuerzas políticas es más de lo mismo, parches reformistas que no van a la raíz del problema: el derecho a una vida digna.

Ante este panorama desolador, la política catalana nos distrae con las escencias patrias, y la española está buscando desesperadamente a alguien que quiera gobernar.

Joan Boada Masoliver es profesor de Historia.